

Historizar la represión estatal y la violencia paraestatal en Argentina

MARÍA CECILIA AZCONEGUI*

Acerca de Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado, de Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (coords). La Plata, Universidad Nacional de La Plata, FaHCE, 2016, 499 páginas.



La excepcionalidad cualitativa y cuantitativa de la represión ejercida durante la última dictadura militar argentina fue señalada de manera temprana desde principios de los años ochenta. El libro de Eduardo Luis Duhalde, *El Estado Terrorista Argentino. Quince años después, una mirada crítica* (1999), escrito en el contexto del exilio español y de la militancia antidictatorial, inició las reflexiones definiendo

la existencia de un “Estado Terrorista” que actuó con una doble faz de acción –una pública y legal, y otra clandestina e ilegal–, y utilizó el terror como método dirigido contra los ciudadanos con el objetivo central de producir la desarticulación de la sociedad. A pesar de sus falencias, esta matriz interpretativa tuvo amplias repercusiones y durante mucho tiempo fue tomada, con escaso análisis crítico o cuestionamiento, por numerosos estudios. No obstante, el desarrollo y la progresiva consolidación de la historia reciente como campo disciplinar durante las últimas décadas ha proporcionado un espacio donde paulatinamente han surgido un conjunto de investigaciones que dialogan críticamente con esta narrativa –instalada en la memoria social y como línea de investigación– y complejizan la mirada sobre la represión en ese período. Esta obra colectiva se inscribe dentro de estos nuevos trabajos y da cuenta de las nuevas dimensiones que se están incorporando en el análisis del fenómeno represivo aunque aún queden otros caminos por explorar. Por ejemplo, una deriva que queda pendiente es la pregunta por la Guerra de Malvinas y las posibles continuidades y/o especificidades del accionar represivo en esa coyuntura.


La obra está estructurada en tres partes que tratan los ejes principales por los que transita la producción académica sobre el tema. La primera parte, como se desprende de su título: “La represión antes del golpe: orígenes y condiciones de posibilidad”, reúne trabajos que plantean nuevas periodizaciones para pensar la represión del régimen dictatorial, inscribiéndola en un intrincado proceso histórico previo que la explica y la hace inteligible. La renovación doctrinal del Ejército –considerado un actor central del período iniciado en 1955– es analizada para comprender la redefinición de su rol y las características de su nueva relación con la sociedad. La compleja relación entre el tercer peronismo y la dictadura también tiene un lugar destacado. La reflexión sobre esta problemática incluye sugerentes hipótesis generales que plantean pensar a los gobiernos peronistas como un momento político

que estableció una serie de condiciones para el desarrollo de ese otro, distinto y nuevo, que comenzó con la represión estrictamente militar entre fines de 1975 y comienzos de 1976, así como también, minuciosas reconstrucciones sobre casos específicos que permiten enriquecer la trama represiva del período al esclarecer los actores involucrados y la diversidad de roles y funciones que asumieron.

Aunque la desaparición forzada de personas fue el dispositivo que distinguió a la última dictadura militar de otros regímenes argentinos y del Cono Sur, este no fue el único. En la segunda parte “Prácticas, dispositivos y efectos sociales en contextos de represión” se abordan otras formas que convivieron y complementaron la represión clandestina como el exilio y la cárcel. Su análisis no se reduce a la faz represiva, sino que los capítulos reflejan que la represión tuvo intersticios que permitieron márgenes de acción y de resistencia de los sujetos represaliados. Asimismo, se examinan instancias de la justicia militar y civil mucho menos conocidas. En este análisis se estudian los consejos de guerra militares realizados a civiles y se explora la configuración del “fuero antisubversivo” conocido como “El Camarón” para demostrar cómo la trama de alianzas que allí se tejieron se sostuvo después del último golpe de Estado sobre una lógica de funcionamiento preexistente. También desde la perspectiva judicial se reflexiona sobre los principales circuitos y procedimientos, figuras y categorías, que fueron utilizados durante la vigencia del terrorismo de Estado para llevar adelante el secuestro y apropiación de menores, hijos de desaparecidos y detenidos políticos. Los restantes capítulos de este apartado se dedican al estudio de algunos grupos de víctimas, judíos y trabajadores, para determinar los puntos de contacto pero también los elementos distintivos de la persecución y represión sobre cada uno de ellos.

Si bien la organización de la represión fue definida a escala nacional y hubo cierto grado de coordinación entre los comandos de las diversas zonas, también existió una clara descentralización operativa entre los

diversos circuitos represivos. La diversidad en las modalidades de represión y las características específicas según la zona –producto de esta dualidad– aparece en primer plano en la tercera parte “Formas y escalas de la represión en dictadura”. La reducción de escala utilizada por los autores nos acerca a las especificidades del mapa de la represión en Rosario y en Santa Fe, al rol de los organismos de inteligencia en Bahía Blanca 1975-1977, al funcionamiento del sistema represivo en la Norpatagonia. La existencia de estas reconstrucciones y análisis minuciosos es central para comenzar a armar un cuadro de conjunto y elaborar futuras comparaciones. En contraposición, la ampliación de la escala permite dar cuenta de la coordinación represiva en el marco del operativo Cóndor y la particularidad de la Argentina en el mismo.

En suma, esta excelente obra colectiva, basada en nuevas fuentes e interrogantes, ofrece una mirada renovada y compleja del sistema represivo implementado en Argentina que, si bien tuvo su clímax en el contexto de la dictadura de 1976-1983, requiere ser pensado en un *continuum* de prácticas, normativas y discursos preexistentes, considerando el entramado de relaciones entre diversos actores civiles y militares, y las diversidad local/regional. La realización de investigaciones reflexivas y rigurosas como las plasmadas en este libro es una de las mejores respuestas que desde la disciplina podemos dar a los usos políticos del pasado reciente que realizan los distintos gobiernos. 

*Doctoranda en Historia (Universidad de San Andrés), docente en la carrera de historia en el área Argentina e investigadora en la Universidad Nacional del Comahue/Cehepyc.

Cuerpos que hablan: la muerte de los perpetradores de crímenes de masa y su tratamiento político

ANALÍA GOLDENTUL*

Acerca de *La muerte del verdugo. Reflexiones interdisciplinarias sobre el cadáver de los criminales de masa*, de Sévane Garibian (dir.). Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, 266 páginas.



“Los cuerpos hablan” es un conocido apotegma de la medicina legal que se volvió popular a partir del éxito televisivo que cosecharon algunos *thrillers*, donde la reconstrucción de la escena de un crimen –quién lo hizo, cómo, cuándo y dónde– constituía el núcleo de la trama. Para las Ciencias Sociales los cuerpos tam-

bién hablan pero desde un lenguaje distinto: no interesan los detalles forenses o biológicos, sino la textura política del cuerpo, las relaciones sociales y morales que anidan en la figura de aquel que ya no está.

La muerte del verdugo. Reflexiones interdisciplinarias sobre el cadáver de los criminales de masa vuelve sobre los cuerpos de aquellos que perpetraron crímenes de masa desde un lenguaje social e interdisciplinar que se sitúa en el cruce de varias corrientes: el derecho, la antropología, la historia, la sociología y el ensayo. El eje del libro no está puesto en el acontecimiento individual de la muerte sino en lo que esta tiene para decir de su contexto: ¿cómo fue el tratamiento público y político de los restos?, ¿qué sentido social se les otorgó colectivamente?, ¿cuáles han sido las formas de recordación?

En la primera parte se revisa aquellos casos donde la muerte fue “natural” o “bajo sospecha”. El trabajo de Anne Ivonne Guillou sobre la transformación del cenotafio del líder de los Jemeres Rojos, Pol Pot, en objeto de prácticas rituales y a la vez en un espacio integrado al circuito turístico, revela la superposición de sentidos que puede existir en torno a la muerte –nunca simbólicamente unívoca– del verdugo. Rosa Fernández muestra cómo el tratamiento político que se hizo de los restos de Franco y Pinochet habilitó la configuración de prácticas memoriales distintas. Mientras el cuerpo del español descansa en el monumento del Valle de los Caídos y posibilita que su figura pueda seguir siendo honrada en un lugar público, las cenizas del dictador chileno reposan en un mausoleo familiar de carácter privado, obstruyendo las posibilidades de una muerte exaltada o patrimonializada. La misma pauta comparativa la encontramos en el artículo de Karine Ramondy, que aborda los recorridos póstumos de los dictadores africanos Idi Amím Dada y Jean-Bedel Bokassa, iluminando desde la simbología política la construcción de mitos que marcan (incluso) cierta popularidad con la que todavía cuentan ambos actores. Entre tales mitos se cuentan la recuperación del orden perdido frente al presunto caos actual y una se-

rie de representaciones que oscilan entre lo sagrado y lo monstruoso de estos controvertidos líderes.

La primera parte del libro se cierra con un trabajo de Florence Hartmann sobre el caso de Milosevic, catalogado por la autora como “muerte escapatoria”, donde se analiza cómo el fallecimiento del serbio dio lugar a la extinción penal del obrar de la Justicia, obturando los procesos de reconstrucción de los hechos y su impacto social, máxime en un caso donde la propia muerte de Milosevic cargó con un manto de sospecha. Los casos de criminales juzgados y ejecutados constituyen el tópico de la segunda parte del libro. Nicolás Patin analiza las políticas de ejecución penales de altos mandatarios nazis, buscando desentrañar los sentidos inherentes al dispositivo del ahorcamiento público: ceremonia de orden, voluntad de humillar al criminal, intención de reconfortar a los familiares de las víctimas. La discusión sobre los riesgos que conllevan estas tecnologías de dar muerte es central aquí, en tanto la creación de un espacio escénico de ejecución puede generar el efecto de victimizar al verdugo. Ana Arzoumanian, por su parte, aborda la espectacularidad en la muerte de Saddam Hussein en 2003, no tanto por la dramaturgia propia de la ejecución –que en este caso fue cerrada e inaccesible–, sino por las imágenes que luego circularon mediáticamente, generando en algunos sectores de la sociedad iraquí una excitación afectiva que puso de manifiesto que los cuerpos son, ante todo, símbolos emocionales.

En la última parte y quizá la más controversial, los artículos tematizan los dilemas políticos y éticos que atañen a las muertes extrajudiciales. El asesinato del dictador turco Talaat Pashá en 1921 y el posterior juicio a su victimario –un sobreviviente del genocidio armenio–, habilitó, según Sévane Garibian, una dimensión “recognitiva” de crímenes que lindaban con el olvido. Más tarde, en 1943, la repatriación de los restos de Talaat a Turquía por concesión de Hitler derivó en obras monumentales en su memoria por parte de un Estado que aún hoy no reconoce aquellas prácticas genocidas. Didier Musiedlak reflexiona en torno

a la “metamorfosis” simbólica del cuerpo de Mussolini. Si en un primer momento el asesinato y exposición del cuerpo –colgado públicamente junto al de su amante– fueron pensados como un hecho que iba a favorecer la recomposición de los lazos comunitarios o sociales, los detalles que se fueron conociendo a posteriori –vejámenes y mutilaciones en su rostro– lejos de clausurar la experiencia del fascismo, reforzaron la figura de mártir y alimentaron el imaginario de una resurrección del Duce.

Ya inmersos en el siglo XXI, las muertes de Bin Laden y de Gadafi en 2011 ponen de relieve la periodicidad con la que se siguen practicando las ejecuciones extrajudiciales. Frédéric Mégret conceptualiza el asesinato del líder de Al Qaeda como un “no acontecimiento” –nocturno, silencioso y furtivo– que debió ser recreado por el cine comercial para satisfacer la “necesidad de ver” de las audiencias globales. Como reflexión medular de su artículo, el autor advierte sobre la desvalorización por la opción judicial que es inherente a la “lucha contra el terrorismo”. El linchamiento de Gadafi, según Muriel Montagut, también puso de manifiesto la ausencia de un juicio y, con él, la posibilidad de desmarcarse del viejo régimen imperante. Luego de que su cuerpo fuera golpeado, sodomizado y expuesto como un trofeo, los medios de comunicación presentaron su asesinato como una muerte que instalaba un “equilibrio justo” con el accionar desplegado por el mismo Gadafi durante sus gobiernos.

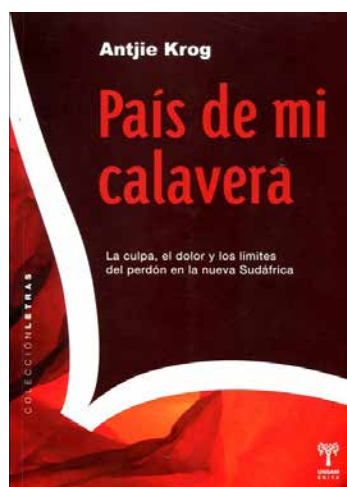
En conclusión, *la muerte del verdugo* es un interesante exponente de un tema no explorado, mayormente ensayístico, que podría tener una resonancia política en Argentina, donde el actual desarrollo de los juicios en torno a la represión ilegal de la última dictadura abrió una serie de polémicas sobre los derechos de los acusados y condenados por crímenes de Lesa Humanidad. En tal sentido, el sistema penal argentino, garantista, se destaca como modelo para reinterpretar las problemáticas presentadas en el libro, que muestra los efectos de la carencia de estado de derecho en la mayoría de los casos de estudio. X

* Socióloga. Becaria doctoral (CONICET) con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.

Un libro único sobre la Sudáfrica *posapartheid*

MARISA PINEAU*

Acerca de *País de mi calavera. La culpa, el dolor y los límites del perdón en la nueva Sudáfrica*, de Antjie Krog. San Martín, UNSAM EDITA, 2016, 562 páginas



La experiencia del *apartheid* en Sudáfrica –un modelo de ingeniería social que organizaba la sociedad sobre la base de la entronización de la supremacía racial blanca– y su resistencia tuvo un lugar central en la política internacional de la segunda parte del siglo XX, con la llegada al poder del Nelson Mandela en 1994. Lo mismo sucedió con los procedimientos desarrollados por la sociedad sudafricana para zanjar ese pasado de violaciones a los derechos humanos. Con ese objetivo se creó en 1995 la Comi-

sión de Verdad y Reconciliación (CVR), que fue presidida por el arzobispo Desmond Tutu. Uno de los objetivos centrales de la CVR era volver visible y hacer público el pasado reciente del país para todos sus habitantes, y la información transmitida por la radio pública desempeñó un papel central, por ser el medio masivo de comunicación más popular.

El libro *País de mi calavera* se gestó a partir del trabajo realizado por Antjie Krog como cabeza del equipo de la SABC (South African Broadcasting Corporation) que transmitía informes diarios de las actividades desarrolladas por la Comisión. Krog ya era una reconocida periodista en la prensa escrita, poeta premiada y pertenecía a un grupo de afrikáneres que eran críticos del *apartheid*, con las dificultades personales que eso significaba porque este régimen de segregación fue organizado y sostenido por el nacionalismo afrikáner. Persona sensible y comprometida con el sufrimiento de los otros, a Krog no le alcanzó con describir en pocos minutos los sentimientos encontrados de víctimas y victimarios. Fue por eso que se decidió a escribir este libro, que no busca ser una crónica de la labor diaria de la Comisión, ni siquiera un libro fidedigno de su ardua actividad (en los agradecimientos dice que “en este libro dije muchas mentiras sobre la verdad. Hice uso de muchas vidas y muchos textos”). Es un libro único, denso e intenso, una reflexión íntima de sus vivencias como mujer sudafricana blanca en la inmersión del drama vivido en su país.

La publicación original es de 1998 y está compuesta por 27 capítulos divididos en 4 partes. La autora construye un relato que es a la vez biográfico de la CVR y autobiográfico. No se propone mantenerse neutral frente a esa experiencia descarnada, y en todo momento nos muestra sus dudas, sus interrogantes y sus flaquezas, convencida de que la fortaleza está en haber elegido el camino correcto, el de conocer las peores situaciones del pasado. Krog utiliza diversos registros narrativos, desde descripciones de espacios y situaciones vividas, a entrevistas a los protagonistas, y hasta transcripciones de testimonios de las víctimas (como

el destacable capítulo 17 sobre las madres de Guguletu). Ninguno de estos registros es azaroso, sino elegido para lograr sensibilizar al lector con el proceso dramático que el país atravesaba.

Krog toma partido, y el lugar que asume es siempre a favor de las víctimas y de quienes sufren. Por eso merece mencionarse el papel que se asigna a las mujeres en el desarrollo del libro. Además del capítulo mencionado, se destacan los capítulos 7 (“Dos mujeres: escuchemos el relato en otra lengua”) y el 16 (“La verdad tiene nombre de mujer”), en los cuales se trasluce la admiración por esas mujeres africanas que sufrieron sus pérdidas en silencio y que por primera vez podían hablar en público de su dolor. La cuestión de género aparece en diversos párrafos a lo largo del libro, en sus propias reflexiones y al abordar distintas situaciones transitadas en la CVR. Es en el capítulo 20 “La Madre se enfrenta a la nación”, dedicado a las audiencias protagonizadas por Winnie Mandela, donde esta perspectiva aparece con más profundidad (porque lo cruza con cuestiones de la política y del deber).

Una decisión inteligente de la publicación realizada por la UNSAM es que haya sumado el epílogo fechado en septiembre de 2001. Escrito en un momento especial, por el ataque a las torres gemelas de Nueva York, en él la autora vuelve a interrogarse sobre el alcance del trabajo de la Comisión en un contexto crítico y conmovedor a nivel mundial. Estas reflexiones finales denotan menos esperanza y optimismo por el futuro que el evidenciado en los años anteriores, algo que ratificó en su reciente visita a Buenos Aires.

País de mi calavera es de lectura recomendable (que se facilita por la buena traducción al español rioplatense de Silvia Jawebaum y Julieta Barba, junto con el glosario incluido en el libro) para quienes quieran acercarse a una escritora notable y para quienes busquen más herramientas para entender mejor la transición política en Sudáfrica, en la que los dos principales adversarios hicieron un acuerdo político con el que evitaron una probable guerra civil. Pero además, en estos tiempos en que en la Argentina se alzan muchas voces para

reclamar una reconciliación nacional emulando la vía sudafricana de solución de los conflictos del pasado reciente, la publicación de este libro es mucho más importante aún. Quienes se adentren en sus páginas verán que ese proceso de reconciliación fue sumamente complejo, que contra lo que se cree habitualmente no se conoció toda la verdad de lo acaecido y que la gran mayoría de los responsables y perpetradores mantienen hasta hoy el secreto sobre sus acciones en tiempos del *apartheid*. X

*Egresada de la carrera de Historia (UBA) y Maestra en Estudios de África (El Colegio de México). Profesora Titular de la UBA.